

¿A qué precio seremos inmortales como promete el *Transhumanismo*?

Rafael Fayos Febrer

Prof. de Antropología

Universidad Cardenal Herrera-CEU

1. El transhumanismo no es nuevo

Desde su aparición los humanos han querido superar los límites de su propia especie. Ya en la Antigüedad encontramos narraciones y mitos donde individuos intentan superar las fronteras de su naturaleza. El relato de Dédalo, que logró volar y escapar de su prisión con unas alas construidas por sí mismo, es un ejemplo de ello; así como el robo del fuego a los dioses realizado por el titán Prometeo que mejoró notablemente las condiciones de vida de los humanos. El panteón de dioses que griegos y romanos legaron a Occidente podría considerarse como la proyección alienante del deseo inconfesado de los hombres de alcanzar algún día la inmortalidad. Zeus y su homólogo Júpiter, sus consortes Hera

y Juno, o los dioses del mar Poseidón y Neptuno, por nombrar algunas deidades, serían el primer intento, ciertamente en el marco de las religiones politeístas antiguas, de cruzar la principal frontera de la naturaleza humana: la muerte. Los hombres son llamados mortales, frente a los transhumanos dioses del olimpo, cuyo rasgo definitorio es la inmortalidad. Este deseo de superar nuestros propios límites encontró también su expresión en la cultura renacentista. Pico della Mirandola (1463-1494) ensalzaba en su conocido *Discurso sobre la dignidad del hombre* la infinita libertad del hombre para consigo mismo: «no te he dado una forma humana, ni una función específica, a ti, Adán. Por tal motivo, tendrás la forma y función que desees. La naturaleza de las demás creaturas la he dado de acuerdo a mi deseo. Pero tú no tendrás límites. Tú definirás tus propias limitaciones de acuerdo con tu libre albedrío»¹.

Con la llegada de la revolución científica en el siglo XVII, ese anhelo de superación y esa libertad sin límites preconizada por Pico della

1. Pico della Mirandola, *Oratio de hominis dignitatae*, Trad. y ed. GARIN, Eugenio, Pisa, Edizioni della Normale Superiore, 2012, 6.

Mirándola, se encontró por primera vez con la posibilidad real de poder ver cumplidos sus sueños transgresores. La ciencia, y la técnica que la acompaña, darían al hombre la oportunidad de franquear los límites de su especie. No debe extrañarnos que el científico Benjamin Franklin (1706-1790) hablara ya en el siglo XVIII de inventar un método para embalsamar a las personas con la posibilidad de restituirles la vida; o que el filósofo Condorcet (1743-1794) se preguntara también, por esos años, si sería absurdo suponer que la mejora de la raza humana pudiera tener un progreso ilimitado y que en un futuro la muerte resulte sólo de accidentes extraordinarios.

Estas pretensiones y sueños que siempre han acompañado al hombre a lo largo de la historia son ahora más actuales que nunca y se han convertido en el objetivo de lo que se ha venido a llamar *Transhumanismo*. A éste se le podría definir como un movimiento cultural, intelectual y científico, que sostiene que tenemos el deber y la obligación moral de mejorar nuestras capacidades, sean físicas como psíquicas, para con ello paliar o eliminar la enfermedad, el envejecimiento o incluso la muerte como parte de la condición humana. De lo que se trataría es de mejorar al hom-

bre, como individuo y como sociedad, a través de la manipulación técnica de su especie. Hasta el momento solo mediante el proceso natural de la evolución biológica se ha producido este mejoramiento, aunque muy lentamente en comparación con los rápidos avances del progreso actual. Pero hoy día podemos ayudar a la naturaleza a ir a otra velocidad gracias a la tecnología y mejorar nuestras capacidades físicas, cognitivas y hasta morales, para generar individuos transhumanos, es decir, evolutivamente por encima de los actuales humanos, incluso mejores como personas.

En el proceso de mejora los transhumanistas distinguen entre transhumano y posthumano. El primero es un ser humano en fase de transición hacia una nueva especie, el posthumano, que se podría describir como «alguien cuyas capacidades traspasarán en modo excepcional al ser humano actual, al punto de eliminar toda posible ambigüedad entre el humano y el posthumano: alguien, en definitiva, completamente diferente. Sería un ente 'más perfecto' que el ser humano y el transhumano. Un posthumano, según el dicho de Bostrom, podría gozar de una ampliación de la vida sin deteriorarse, de mayores capacidades intelectuales (sería más inteligente que los otros), tendría un cuerpo en concordancia con sus de-

seos, podría hacer copias de sí mismo, disponer de un control emocional total»².

El término *Transhumanismo* fue usado por primera vez por Julien Huxley, hermano del autor de *Un mundo feliz*, Aldous Huxley, en un ensayo titulado *Religion without revelation*. Pero ha sido a raíz de la fundación en 1998 de la Asociación Mundial Transhumanista (World Transhumanist Association WTA) por Nick Bostrom y David Pearce cuando el transhumanismo ha ido adquiriendo carta de ciudadanía en nuestra sociedad. La WTA cambió hace pocos años su denominación por *Humanity +* y está presente en más de 100 países y cuenta con más de 3000 miembros.

2. ¿En qué consiste exactamente mejorar al hombre?

En el transhumanismo todo gira en torno al término mejoramiento (*Enhancement*), pero ¿qué entienden los transhumanistas por ello? En primer lugar, hay que decir que el mejoramiento

2. Elena Postigo, *Transhumanismo y posthumano: principios teóricos e implicaciones bioéticas en Medicina y ética*, Vol. XXI, enero-marzo 2010/1, 67-68

no es una acción correctiva. Así pues, no se trata de subsanar una deficiencia y devolver a su estado normal ciertas funciones a un individuo, tal como habitualmente hacemos —en el ámbito biomédico— con la implantación de prótesis o con el uso ordinario de las lentes. En segundo lugar, tampoco consiste en curar y, por lo tanto, restaurar la salud perdida a través de un tratamiento o terapia. Lo propio y específico de la mejora es la infinitud, la ausencia de fronteras, la proyección hacia el horizonte de lo ilimitado. Lo correctivo y restaurativo tienen fijado un objetivo bien delimitado que es en donde se mueven los fines y la misión de la medicina. En un caso se trata de corregir una deficiencia, por ejemplo, la vista, y en otro recuperar la salud temporalmente perdida. La mejora transhumanista, por lo tanto, ni es correctiva ni tampoco terapéutica, sino que busca incrementar en un horizonte infinito las funciones corporales, cognitivas, morales, etc., de un individuo en concreto y de la humanidad en general. Va más allá de los límites de la salud normal y de la ciencia médica, la cual, tarde o temprano, quedaría anulada como disciplina, como encontramos en *Un Mundo Feliz* en donde, por fin, se alcanza una sociedad definitivamente sana... y feliz.

Esta mejora va siempre de la mano de la ciencia y la tecnología. Por ello, no se trata de un *natural enhancement*, aunque lo artificial y tecnológico por definición no tengan por qué oponerse a lo natural. Precisamente lo que se busca es ir más allá de los límites naturales a través de la aplicación tecnológica hasta hacer desaparecer la naturaleza humana y su condición de vulnerabilidad. En la práctica esto implica diversas iniciativas. Por ejemplo, a partir de los conocimientos genéticos que ahora poseemos el transhumanismo promueve la selección de embriones sanos sobre aquellos que potencialmente pueden desarrollar una patología de origen genético y hereditario. Y, a la vez, presenta como viables futuras manipulaciones genéticas también a nivel embrionario. Julian Savulescu, filósofo transhumanista ha denominado a esta práctica, beneficencia procreativa. Pero la genética posee otras muchas virtualidades pues a través de su aplicación y desarrollo esperamos poder detener el envejecimiento celular y por lo tanto alargar la vida de los individuos. En esta misma línea se aboga por la crioconservación de personas y su posterior reanimación una vez se haya descubierto la cura de su dolencia. O más aún, se especula con la posibilidad de escanear la información cerebral de un sujeto y transferirla a un soporte informático para

posteriormente devolverla a un cerebro biológico realizando así una suerte de trasplante cerebral.

Los transhumanistas son promotores de los cíborgs, es decir, humanos con implantes tecnológicos, sean microchips como también aparatos o instrumentos más complejos que podrían potenciar ciertas capacidades sensoriales o cognitivas. Así mismo, favorecen el uso de fármacos y drogas que nos permitirían disfrutar de un bienestar emocional estable al margen de posibles amenazas depresivas; incluso proponen el uso de ciertas sustancias que mejorarían nuestro comportamiento moral y ético o desterrando de nosotros ciertas deficiencias psíquicas como la timidez, la falta de empatía o frialdad de carácter, la agresividad o violencia o incrementando nuestra capacidad creativa, estética, etc. Y por supuesto, no se oponen a la ingesta de sustancias prohibidas en el ámbito deportivo, como las usadas por algunos atletas de élite, que mejoran notablemente el rendimiento físico de nuestro cuerpo.

3. Algunas objeciones éticas

Se debe señalar que en el transhumanismo hay un fe ciega y acrítica en el progreso de la cien-

cia que algunas veces parece hasta cierto punto ingenua. Ciertamente que a todos asombra la aceleración positiva que ha caracterizado el progreso científico en las últimas décadas como lo prueba, por ejemplo, la realización de las vacunas de la Covid-19 en poquísimos meses. Sin embargo, muchas de las aspiraciones de los seguidores de la *Humanity* + están hoy en día muy lejos de poder realizarse tecnológicamente. Además, no todos los problemas del hombre pueden abordarse desde un punto de vista científico y tecnológico, pues hay cuestiones que exigen otras ramas del saber tales como la filosofía y la ética, la teología, etc.

Además de lo anterior el *Transhumanismo* se configura a partir de una visión reduccionista del ser humano que es considerado desde una vertiente puramente material (el neomaterialismo). No existe una confrontación con otras tradiciones filosóficas o antropológicas, como por ejemplo la aristotélica, la personalista, la fenomenológica, etc., a las que se desprecian de modo irreflexivo asumiendo siempre los presupuestos de la filosofía moderna especialmente del empirismo y utilitarismo anglosajón. De este modo se considera al ser humano como pura materia, como una máquina que podemos manipular y

mejorar técnicamente. En el fondo el hombre es su cuerpo y éste se identifica con su naturaleza o esencia. En la medida que yo puedo manipular el cuerpo hasta el punto de transformarlo, puedo transmutar al hombre hasta conducirlo a un nuevo estado, una nueva naturaleza ya no humana.

Muy unido con lo que acabamos de comentar, en el *Transhumanismo* se identifica de una manera simplista la mejora de nuestras potencialidades físicas y cognitivas con la plena realización de nuestro ser, es decir, con la felicidad. Y esa ecuación no es cierta, pues la realización del hombre no se da principalmente en el ámbito biológico cuanto, en el contexto ético, es decir, de sus elecciones y actos en relación con los valores de la verdad y del bien.

En cuarto lugar, en el *Transhumanismo* no hay consideraciones de carácter filosófico en relación a la dignidad de la persona humana. Y esta es una pregunta clave porque la tradición filosófica sobre la que se sustenta la *Humanity* + coloca la dignidad humana en la perfección biológica del individuo que le permite disfrutar de una calidad de vida determinada. La vida de enfermos en estado vegetativo o discapacitados psíquicos profundos, tanto niños como ancianos, se consideraría, según su gravedad, indigna, hasta el punto

de que en un mundo transhumano no tendrían cabida. Además de quedar sin resolver algunas preguntas como: ¿dónde se sitúa la normalidad a partir de la cual se parte hacia la mejora, y más importante, a partir de la cual reconocemos a un individuo humano como persona y por lo tanto protegido por su dignidad?; ¿no podríamos caer tarde o temprano en una discriminación entre los individuos transhumanos y mejorados y los simplemente humanos?, etc. Como asegura Habermas las sociedades transhumanas se caracterizarían por una gran asimetría social. En la práctica, acabaría dominando una fuerte desigualdad social al no tener todos las mismas posibilidades económicas para acceder a esas específicas mejoras. Por otra parte, los que alcanzaran el nivel transhumano desde su nacimiento estarían condenados a no fallar, viviendo angustiados y con miedo hacia sus creadores y al resto de la sociedad que le exigirían estar siempre perfectos, cumpliendo las expectativas puestas sobre ellos. Al final, frente a la imposición de la perfección, paradójicamente, se produciría una revolución social de los débiles frente a los fuertes.

4. Conclusión

El *Transhumanismo* como hemos constatado desde el inicio de este escrito es la versión contemporánea de un antiguo y también íntimo anhelo del hombre: la inmortalidad. En torno a ella se despliegan el resto de los objetivos y pretensiones transhumanistas. Ciertamente, dado los tiempos en los que vivimos, este sueño se ha revestido de ciencia y tecnología. Pero tras las dos guerras mundiales y especialmente la bomba de Hiroshima, y otros desastres y desordenes, la humanidad sabe que la ciencia encierra en sí misma tanto una promesa de bienestar como una amenaza de destrucción. Poner toda nuestra fe y confianza en la ciencia al margen de una filosofía o una ética que la guíe y la humanice puede resultar arriesgado para el respeto incondicional que se merece la dignidad de cualquier ser humano. Y quizá sea esta la principal carencia de la *Humanity +*. Se impone la obligación moral de mejorar la especie al mismo tiempo que se invita a desterrar cualquier límite ético en el cumplimiento de esta tarea.